

Rahab



Charles H. Spurgeon

El Púlpito del Tabernáculo Metropolitano

Rahab

Nº 1061

Sermón predicado la mañana del Domingo 21 de Julio de 1872 por Charles Haddon Spurgeon, en El Tabernáculo Metropolitano, Newington, Londres.

“Por la fe Rahab la ramera no pereció juntamente con los desobedientes, habiendo recibido a los espías en paz” — Hebreos 11: 31.

“Asimismo también Rahab la ramera, ¿no fue justificada por obras, cuando recibió a los mensajeros y los envió por otro camino?” (1) — Santiago 2: 25.

Estos son dos extractos del Nuevo Testamento sobre la vida de Rahab, y ambos son igualmente honrosos para ella. Pablo la clasifica entre las personas ilustres que por fe obraron prodigios. El capítulo once de Hebreos es un arco triunfal para los soldados de la fe, y entre los ilustres nombres allí inscritos se encuentra el de esta ramera de Jericó. Sin embargo, ese hecho no nos sorprende mucho pues, evidentemente, ella fue un ejemplo de gran fe; pero sí estamos un poco sorprendidos, así lo creo, al ver que su nombre haya sido registrado por Santiago, porque se trata de un escritor eminentemente práctico que escribió sobre buenas obras más que sobre la fe. Su objetivo es mostrar que la fe que justifica al alma es una fe que produce buenas obras, y por ello nos da ejemplos del servicio santo para Dios. No hubiéramos esperado que escogiera a Rahab, pero lo hizo, y eso es aún más notable porque la única otra persona que Santiago menciona es Abraham: Abraham el Padre de los Fieles, el Amigo de Dios, un varón perfecto y recto. Santiago cita a Abraham como representante de uno de los sexos, y a Rahab la ramera como representante del otro. No me cabe la menor duda de que Santiago sabía lo que hacía y que la inspiración que lo guiaba era infalible. Posiblemente Rahab fuera escogida para representar a los gentiles en contraste con el fundador de Israel, que apropiadamente representaba a los judíos. A la vez que Abraham poseyó una fe que se

manifestaba en obras, Rahab también la poseyó, la hija de los gentiles, la descendiente de una raza condenada a la destrucción, una gentil de gentiles. Y posiblemente otra razón para mencionarla pudiera haber sido esta: que así como Abraham renunció a su propia parentela al llamado de Dios y salió de Ur de los caldeos, siendo apartado para el Altísimo, así también esta mujer dejó todas sus asociaciones con Jericó, renunció prácticamente a su nacionalidad, y abandonó su país dejándolo a su destino y a su ruina, a la vez que tomó su parte con Israel para ser partícipe con el pueblo de Dios de la herencia prometida. Entonces, no es un insignificante honor para esta notable mujer que su nombre haya quedado registrado, no únicamente entre los nombres de los héroes de la fe, sino que haya sido seleccionada por el gran apóstol práctico, como uno de los dos notables ejemplos de las obras que resultan de la fe.

Consideremos su fe y su carácter aún con mayor atención debido a esta elevada posición que el Espíritu Santo le ha concedido. Con base en el encomio de Pablo y en la loa de Santiago, respaldados como ambos estaban por el testimonio del Espíritu de Dios, el carácter de esta mujer es muy digno de una atenta consideración. Que el Espíritu de Dios bendiga nuestra meditación para provecho nuestro.

I. Nuestra primera observación sobre Rahab es que poseía una SINGULAR FE. Esto se hará evidente si reflexionamos que ella no recibió ninguna instrucción de sus padres. La membresía por derecho de nacimiento no era una posibilidad a considerar en el caso de Rahab. Sus padres provenían de la raza condenada de los cananeos. Ellos mismos no tenían ninguna fe en Dios, y, por tanto, no podían inculcársela. Rahab no se convirtió en una adoradora de Jehová porque la familia lo hubiese sido siempre. No poseían ningún reclinatorio familiar en el santuario, no disponían en su hogar de ningún aposento para el profeta, no contaban con ningún nombre que figurara entre el pueblo del Señor. Ella era la primera y la única de su raza que fue llamada por gracia. Dios la había escogido como “una de la familia” por Su amor electivo, y aunque es de esperarse que la gracia haya continuado en la familia por muchas generaciones, con todo, antes que nada entró en esa familia por Rahab. Ahora bien, aunque yo creo que en muchos sentidos es igualmente para la gloria de Dios, a nosotros no nos asombra tanto cuando vemos que los hijos de padres piadosos se

convierten en creyentes en Cristo, pues recordamos las muchas oraciones que ofrecieron por ellos, toda la instrucción que recibieron, las amonestaciones afectuosas que oyeron, y, sobre todo, los piadosos ejemplos que vieron; no nos asombra tanto, aunque, ciertamente, aun en ese caso igual que en cualquier otro, se trata de una obra del Espíritu de Dios, si la conversión es genuina; pero, en verdad, cuando vemos surgir a alguien de una familia en la que ninguna verdadera religión había sido vista antes, nos maravillamos y no podemos evitarlo. Allí vemos nosotros una palmera sola en el desierto, una vida solitaria entre las tumbas. Como algunos de ustedes saben, estar en la posición de un solitario testigo de Dios en una familia es una lucha. Cuando en mis entrevistas con los buscadores tengo que hablar con jóvenes que son los únicos miembros de la familia que asisten a la casa de Dios, los únicos que pretenden llevar una vida de piedad, siento una gran simpatía por ellos porque sé que tendrán que aguantar muchas cosas, y tendrán que cargar con una pesada cruz. Tales convertidos no son plantas que están protegidas en un invernadero, sino flores expuestas al frío del invierno; sin embargo, es correcto agregar que he observado a menudo que ellos han llegado a figurar entre los más fuertes y decididos cristianos con los que me haya encontrado jamás. Asimismo Rahab, aunque su fe fuera solitaria y fuera como un lirio entre las espinas, con todo, no era menos fuerte sino, tal vez, mucho más firme.

Además, piensen que su fe era singular porque ella no residía en un país creyente. No sólo no contaba con nadie en casa que se identificara con ella, sino que tampoco tenía a alguien en toda la ciudad de Jericó pues hasta donde sabemos ella era la única creyente en Jehová. Es válido concluir que si hubiese habido otros creyentes allí, la ciudad habría sido perdonada por causa de los diez justos o se habrían encontrado otros medios para su preservación. Pero Rahab era la única creyente en Jericó. Si hubiéramos podido gozar de una perspectiva a vuelo de pájaro de la ciudad de Jericó, y si nos hubieran informado que había una creyente allí, les garantizo que no habríamos visto la casa de Rahab. Ella hubiera sido casi la última persona que hubiéramos supuesto que fuera poseedora de una fe en el verdadero Dios. Dios tiene un pueblo donde menos lo imaginaríamos, y Él tiene elegidos entre una clase de personas de quienes no nos atreveríamos a tener esperanzas. ¿Quién pensaría que la gracia pudiera crecer en el corazón de una mujer que tenía el apelativo de ramera, como si su pecado fuera

conocido abiertamente por todos? Sin embargo, en verdad creció allí, como una bella flor que florece en un muladar, o una estrella brillante que reluce en la frente de la noche. Allí creció su fe y dio gloria a Dios. Yo no sé cuál dios era adorado en Jericó, pero la ciudad entera estaba llena de idolatría y sólo Rahab tenía su mirada puesta en el Dios viviente. Toda la ciudad estaba llena de inmundicia pero, a pesar de haber sido una mujer mala, la fe de Rahab debe de haberla conducido a aborrecer el pecado. Jericó era vecina de Sodoma, no sólo en cuanto a su localización geográfica, sino en cuanto a su condición, y por mala que hubiese sido esta mujer, es probable que su pecado se contara entre las ofensas más insignificantes practicadas allí. Es una vergüenza hablar siquiera de los aborrecibles crímenes que manchaban a Jericó. Cuando fue rescatada por la gracia soberana, Rahab debe de haberse sentido tan sola en Jericó como Lot se había sentido solo en Sodoma. Ella era la única creyente en medio de una generación idólatra y depravada.

Queridos amigos, ¿no podemos guardar esperanzas de que de los más bajos estratos de nuestra vasta ciudad salgan otras Rahabs? ¿Por qué no podría haber una Rahab en Haymarket así como la hubo en Jericó? ¿Acaso no podemos confiar en que entre aquellos que han estado en nuestras prisiones surjan creyentes en el Señor Dios de Israel? ¿No podríamos esperar incluso que la fama del Evangelio sea transportada a través del rumor a ciudades que no han sido visitadas por misioneros, y que, por aquí y por allá, en ciudades desconocidas, algunas Rahabs pudieran estar buscando al Señor? No se podría saber lo que la gracia esté haciendo silenciosamente a lo largo del mundo para entresacar a algunas personas, individualmente o en pares, que han sido elegidas por Dios. Israel no soñaba con encontrar a un aliado dentro de los muros de su enemigo, y sin embargo, el Señor quiso que fuera así, y así fue.

Recuerden, también, que la fe de Rahab fue notable porque sus fuentes de conocimiento eran muy inadecuadas, y, por tanto, el alimento de su fe era comparativamente insuficiente. Ella no podía leer ningún libro inspirado por Dios. No había sido instruida por ningún profeta. Ningún Elías le había hablado en el nombre de Dios. Ningún Jonás había recorrido las calles de su ciudad advirtiéndoles a los ciudadanos que se arrepintieran. Toda la información que Rahab poseía la había conseguido a retazos. Ella había

juntado los comentarios recogidos en la plaza del mercado, las pláticas que tenían lugar junto al pozo y los rumores que circulaban afuera de las puertas de la ciudad, y había concluido que una nación había salido de Egipto y que por causa de esa nación, su Dios, Jehová, había destruido al rey egipcio en el Mar Rojo; que Seón, rey de los amorreos, y Og, rey de Basán, habían sido vencidos en batalla por este pueblo; y que era cierto que estaban en camino para tomar a toda Palestina para ellos porque su Dios se las había entregado. De esos reportes generales esta mujer había recogido la evidencia suficiente sobre la que se apoyó su fe. Reza el proverbio que ‘la fama común es una mentirosa común’, pero en este caso el pánico general que se había apoderado de sus paisanos la convenció de que los reportes eran verdaderos. Los términos en los que el avance de Israel era descrito por todas partes, la convencieron de que una terrible calamidad pendía como una nube sobre el país y paralizaba a la corte, al ejército y al pueblo; ella vio que la causa del miedo era que un Dios viviente estaba con este pueblo, y se dijo: “Verdaderamente hay un Dios”, y la conciencia en su interior respondió a esa declaración. Sintió que así era y la luz entró a raudales en su espíritu. Ella creyó en Jehová, el Dios de Israel, y comenzó a adorarlo en espera de que la causa que Él apoyaba sería exitosa y que quienes eran Sus enemigos en verdad serían destruidos. Digo que la base era débil: si bien era lo suficientemente fuerte en sí misma, era muy inferior a esa ‘línea sobre línea, mandato sobre mandato’, que nosotros hemos recibido durante tanto tiempo. Muchos de los aquí presentes tienen ante sí todo el Libro de Dios, y, con todo, no creen; tienen el testimonio de Sus santos por miles, y, con todo, no creen; testigos vivientes les suplican vehementemente, y, con todo, no creen; pero esta pobre mujer, con sus escasas oportunidades, se convirtió en una creyente en Jehová. Tengan cuidado no sea que en el día del juicio ella se levante contra ustedes. Rahab creyó con base en un testimonio mucho menor. ¿Cómo serán capaces de excusar ustedes su propia persistente incredulidad? Les suplico, queridos oyentes, que piensen en esto.

Tal vez lo más maravilloso acerca de su fe es que se tratara de una mujer de tal condición. Rahab era en apariencia la persona que uno menos pensaría que se convertiría en una creyente en Jehová. Era una ramera, una mujer pecadora y universalmente conocida como tal. Se han hecho desesperados intentos por encontrar algún otro significado para la palabra

traducida como ‘ramera’, pero han resultado completamente inútiles. Tanto Pablo como Santiago declaran con respecto a ella que era lo que su apelativo comúnmente indica. La idea de que era una mesonera o una tabernera es absurda, porque tal cosa como una mesonera era desconocida en aquellos días, como todo el mundo sabe. Imponer al original hebreo una interpretación como esa no sería traducir, sino tergiversar; y nadie ha intentado hacerlo jamás con el griego. Sin duda Rahab había sido una gran pecadora; es inútil andarse con rodeos. Hemos de dar la gloria a la gracia divina. ¿Por qué habríamos de desear robarle el honor a Dios por haber librado a una mujer así de su pecado? Pero después de que se convirtió en una creyente en Jehová me parece que abandonó su pecado y que se convirtió en otra persona, aunque seguía siendo conocida por su antiguo apelativo. Leemos que escondió a los espías entre manojos de lino. ¿Con qué propósito guardaba manojos de lino si no es porque había comenzado a ser una diligente trabajadora? Un pequeño detalle a menudo indica el carácter; una paja muestra en qué dirección sopla el viento, y me parece que es muy probable que Rahab hubiera abandonado su vida licenciosa. Y, luego, puesto que la hospitalidad había llegado a ser olvidada en Jericó y en las otras ciudades cananeas, ella, siendo una seguidora de Jehová y sabiendo que la hospitalidad era Su deleite, iría a la puerta de la ciudad cada vez y cuando, tal como Lot solía hacerlo, y trataría de identificar a los extranjeros para ver si podía atenderlos. No estaba bajo sospecha haciendo eso, porque su antiguo apelativo la seguía, y le daba una licencia para hacer lo que otros no podían intentar hacer sin generar sospechas de traición contra la corona por atender a forasteros y adversarios. Así que no dudo de que atendiera a los extranjeros con toda honestidad, y la razón por la que los espías vinieron a ella fue porque ella estaba generalmente a la caza de los viajeros que de otra manera, tal vez, habrían recibido un pésimo trato de manos de sus malvados conciudadanos. Entonces, el espíritu generoso que la verdadera religión le había inculcado la puso en contacto con los israelitas que vinieron a espiar la tierra, y ellos se convirtieron en manos de Dios en el instrumento de su seguridad cuando la ciudad fue destruida. La gracia de Dios la había sacado de su oficio anterior aun antes de que esos hombres llegaran, y aunque su antiguo apelativo la seguía, pienso que veo razón para creer que su antiguo carácter había desaparecido, y que se había convertido en una nueva criatura por medio del poder de la fe. Sin embargo, ella había sido una vez una ramera y el prodigio es que se convirtió en una

creyente. Los portentos de la gracia son el deleite de Dios. A Él le encanta, por causa de Cristo, llamar para Sí a los más viles de los viles, y a los más ruines de los ruines. El Señor sigue actuando de la misma manera. Tengamos la seguridad de que Jesús sigue recibiendo a los pecadores, y que los publicanos y las rameras van al reino de Dios delante de los justos con justicia propia y de los falaces. Es muy notable que en la genealogía de Cristo figuren tantas mujeres con caracteres empañados: que figure una incestuosa Tamar, una ramera Rahab, una idólatra Rut y una adúltera Betsabé, de tal manera que Jesucristo, el Salvador de los pecadores, ha descendido, en cuanto a Su linaje terrenal, de los lomos de unos pecadores y está así emparentado con ellos. ¡Oh, las profundidades de la gracia de Dios! ¡Cuán incomparable es la condescendencia del Redentor!

Además, la fe de Rahab era singular porque el objeto de ella era difícil. ¿Qué era lo que tenía que creer? ¿Acaso no era esto: que Israel destruiría a Jericó? Ahora bien, entre Jericó y las tribus fluía el Jordán, y los israelitas no tenían forma de cruzarlo. Sólo un milagro podía dividir ese caudaloso río. ¿Esperaba un milagro la fe de Rahab? Si así fuera, era notablemente sólida. Alrededor de Jericó había un muro gigantesco. No había posibilidad de que los sitiadores lo escalaran o que abrieran una brecha. ¿Pensaba Rahab que esos muros se desplomarían? ¿O dejó la manera de la captura en manos de Dios, creyendo firmemente que sería conquistada? Si así fuera, era una mujer de no poca fe. He conocido a cristianos inteligentes cuya fe no habría podido dividir un río ni saltar sobre un muro, pero la fe en Dios de esta pobre mujer hizo ambas cosas. Rahab estaba segura de que el Dios del Mar Rojo sería el Dios del Jordán, y el Dios que hirió a Og, rey de Basán, podía hacer morir también al rey de Jericó. Su fe era especial porque era sólida, más sólida que la fe de quienes tienen una mayor base sobre la cual apoyarse.

Al pensar en la extraña fe de esta mujer, que cada uno de nosotros diga ahora: “¿Por qué no habría de tener yo la misma fe en el Dios viviente? Dios puede dármele. Aunque mi vida pasada haya estado grandemente manchada por el pecado, con todo, ¿por qué no habría de poner mi confianza en el Señor, el Salvador? ¿No es la fe la gracia precisa que más le conviene a un pecador y que hace más por un pecador? ¿No envió Dios a Jesucristo al mundo para redimir a los hombres del pecado? ¿No ha

redimido ya a muchos por el poder de Su Espíritu y por la aplicación de Su sangre preciosa? Creeré en Jesús”. Oh, que el Espíritu Santo les dé fe en este instante. Que el amor electivo de Dios seleccione a algunos de los aquí presentes que han sido, si no de hecho, sí de corazón, tan malos como Rahab; y que habiéndola seguido en el pecado sean conducidos por la infinita misericordia a imitarla en la fe. Vengan, ustedes, los caídos, pues Jesús puede levantarlos. Vengan, ustedes, los inmundos, pues Jesús puede limpiarlos. Crean, y la vida eterna será de ustedes.

II. En segundo lugar, LA FE DE RAHAB ERA ACTIVA. No era una fe durmiente, o una fe muerta; era una fe operativa. Era activa, primero, mentalmente. Cuando creyó, comenzó a pensar. Algunas personas que se convierten en avivamientos y en desbordantes emociones, me dan la impresión o que no tienen cerebro, o si no, que la gracia no ha entrado nunca en su cabeza. Debes mantener siempre una gran excitación o los echarás de menos. No tienen principios bien fundados. Si les preguntaras en qué creen, no lo sabrían, ni serían capaces de decirte por qué creen. Probablemente creen porque otras personas creen; el ministro es diligente y en general se la pasaron muy bien, y por eso tienen fe; no tienen ninguna razón fundamentada. Los creyentes que resisten y perduran mejor son los reflexivos, son hombres de principio, hombres que sopesan y juzgan. Ellos, por supuesto, tienen mayor cantidad de conflictos por su reflexividad, pero, por otro lado, acumulan fuerzas por el ejercicio mental; y estos son los varones que no son llevados por doquier de todo viento de doctrina, sino que permanecen firmes en la hora de la prueba. Quiera Dios que tengamos un gran ejército de creyentes reflexivos pues entonces el Ritualismo y el Racionalismo harían muchísimo menos daño. Rahab era una mujer reflexiva, y tenía un buen sistema de teología que ella misma había formulado. Conocía el pasado, conocía la historia del Mar Rojo, y la historia de Og y de Sehón; entendía que Dios había prometido mediante pacto dar el país a los israelitas, y de eso deducía el presente. Noten su doctrina sobre las cosas presentes: “Jehová vuestro Dios es Dios arriba en los cielos y abajo en la tierra”. Rahab estableció como un hecho cierto que el Señor Jehová, que había hecho tanto, debía ser el Dios arriba en los cielos y abajo en la tierra; y luego, de eso, ella extrajo su inferencia en cuanto al futuro. Creía que Dios entregaría el país en manos de Israel, y pidió que cuando el Señor hiciera efectivamente eso, trataran benigna y

fielmente con ella. Entonces Rahab tenía una doctrina acerca del presente, del pasado y del futuro, y lo había ordenado todo en su propia mente. Pero su pensamiento no sólo era tan activo que se convirtió en una especialista en doctrina, —y un comentarista incluso la llama semiprofetisa— sino que era activa en su mente en cuanto a su decisión por el Señor. Ella dijo: “yo pertenezco a esta ciudad; tengo privilegios ciudadanos en Jericó, pero voy a renunciar a todos ellos. Dios está en contra de esta ciudad y será destruida, y yo seré destruida junto con ella si estoy en contra de Dios; pero Él es el verdadero Dios; por tanto tomo partido con Él y participo con Su pueblo; si Él me recibe, yo me pondré bajo la sombra de Sus alas y le pediré que me cubra con Su manto. A partir de este momento no soy una ciudadana de Jericó: yo repudio mi lealtad a su rey”. Cuando los espías llegaron, ella sabía lo que haría; no consideraba que estuviera obligada a participar en la defensa de la ciudad enviando palabra al rey de que los espías habían llegado. Se consideraba como una israelita y como tal actuó.

Oh, yo desearía que algunos profesantes fueran siquiera la mitad de decididos que Rahab. Conocen la verdad pero no la defienden. Pueden oír que es atacada y denigrada, y, sin embargo, su sangre no arde nunca con indignación contra los adversarios de Dios. Se quedan muy callados y tal vez una razón sea que no tienen nada que decir. No han aprendido nada sobre Cristo; no pueden aportar ninguna razón de la esperanza que hay en ellos, y, por tanto, no la pueden presentar con mansedumbre y reverencia y entonces su religión pareciera ser letra muerta en lo que a su mente se refiere. Que Dios nos libre de una fe como esa. Que tengamos una fe que conmueva nuestra humanidad entera, que mueva nuestro juicio, que ilumine nuestro entendimiento, y que nos haga decidir por la verdad y la justicia prescindiendo de la compañía en la que nos encontremos.

Pero a continuación vino otra forma de actividad. Su fe era activa en su propia esfera. Como ya he conjeturado, Rahab tenía la disposición de atender a los forasteros; entonces, viendo a los siervos de Dios bajo la apariencia de dos espías, supo de inmediato lo que debía hacer. Los llevó a su casa e hizo lo mejor que pudo para esconderlos. Rahab no se proponía ser una heroína diciendo: “Ahora que soy una seguidora de Jehová, debo hacer algo extraordinario”. No empacó sus ropas y partió a algún lugar distante donde pudiera encontrar un servicio más destacado para Jehová

sino que se quedó en donde estaba y sirvió a Dios allí. Se preocupó por sus propios huéspedes y cuidó de su propia casa. Yo creo que los deberes hogareños son una de las mejores formas para la actividad de la fe, especialmente para las mujeres cristianas. Nuestra obligación no es hacer lo que concebimos sino lo que el Señor nos asigna. Es mejor que, como se dijo de Sara, así se diga de muchas mujeres cristianas, “¿Dónde está Sara?” siendo la respuesta: “Aquí en la tienda”. Es algo bueno cuando un cristiano siente que no elegirá su trabajo sino que asumirá el trabajo que Dios escoja para él; resuelve no copiar a nadie, sino seguir el especial sendero que el Señor le marque. Ahora bien, Rahab no iba a anticipar a Jael enclavando una estaca de la tienda en la cabeza del rey de Jericó, ni iba a ser Débora convocando a algún Barac a la batalla. Ella tenía trabajo a la mano en casa, y lo que su mano encontró que debía hacer lo hizo con todo su poder. Que veamos en todos los cristianos una fe que obra en su propia esfera; que exhiban la religión de las cosas comunes. No crean en la caballería andante. No sean don Quijotes espirituales. Dios les ha hecho ser lo que son: una madre, o una hija, o un esposo, o un siervo o un amo; sirvan a Dios como tales. Hay algo que deben hacer en su posición. Pueden venir unos llamados extraordinarios, y yo oro pidiendo que vengan para algunos de los presentes, pero no es probable que vengan para aquellos que no aprovechan sus actuales oportunidades cotidianas. Podríamos ser llamados a un servicio muy especial y recibir gracias selectas para ello, pero es mejor que mientras no sintamos un tal llamado nos ocupemos de lo nuestro en la esfera vital en la que Dios nos ha puesto. Moisés pastoreaba ovejas hasta que le fue ordenado que liberara a Israel. Gedeón estaba trillando cuando se le apareció el ángel y los discípulos estaban pescando cuando Jesús los llamó. Ellos fueron diligentes en sus llamamientos y posteriormente pusieron su corazón en sus más excelsos llamamientos. Eso hizo Rahab. Los espías vinieron a ella, los recibió en paz, los escondió, y después de haberlos escondido los bajó con una cuerda desde su casa que estaba sobre el muro, lo que probablemente había hecho antes para personas de una índole muy diferente. Luego les dio el mejor consejo que podía darles, y fue así el instrumento para preservar sus vidas. Ella cumplió una parte muy necesaria en la historia de los israelitas. Su fe fue verdaderamente activa y debe ser encomiada.

Y permítanme decir que Rahab realizó todo eso de la mejor manera que pudo, utilizando su sentido común. Escondió a los espías entre los manojos de lino que tenía puestos en el terrado; los hizo descender cuando ya estaba oscuro; les dijo que se marcharan al monte y les recomendó que esperaran tres días hasta que la intensidad de la búsqueda hubiera concluido. Rahab actuó prudentemente. Hizo todo lo que pudo y lo realizó con notable tacto y sagacidad. Yo nunca he podido ver por qué la verdadera religión deba ser asociada tan a menudo con la estupidez, y sin embargo, he notado que algunas agraciadas personas afectan una simplicidad infantil o todo se deba a que ‘lo necio del mundo escogió Dios’. Si tienes fe, ciertamente no has de actuar por ello como si hubieras perdido la razón. Me parece a mí que la fe es el sentido común espiritualizado, aplicado a los asuntos de la religión, y que es muy consistente, es más, que es imperativo en nosotros que continuemos con el sentido común en nuestros asuntos ordinarios. Hemos de ser prudentes como serpientes, y sencillos como palomas. El apóstol dice: “Sed maduros en el modo de pensar”. Oh, si los hombres utilizaran su ingenio cuando sirven a Dios de la misma manera que lo hacen cuando van tras los centavos, cuánto más se haría en la iglesia y en el mundo. Pero hay a menudo una torpeza en el manejo de las sociedades cristianas y de las iglesias cristianas que no sería tolerada ni por un instante en una empresa, y se permite que hombres que no serían considerados dignos de su salario vendiendo chucherías o apacentando puercos, sean cabezas y líderes en proyectos cristianos. Hemos de ser tan reflexivos, tan cuidadosos, tan prudentes, tan rápidos, tan emprendedores, qué si digo tan resueltos en el servicio de Dios, como deberíamos serlo en las actividades de la vida. Yo encomio la fe de Rahab por eso, porque a la vez que estaba completamente activa de la manera en que mejor podía servir a la iglesia de Dios, puso todo su ingenio y sus habilidades en pleno juego.

Rahab era activa a pesar de correr grandes riesgos. La fe de Rahab la hizo correr el riesgo de ser condenada a muerte, pues si los espías hubieran sido descubiertos habría habido un juicio sumario para Rahab. La espada del rey de Jericó habría cortado pronto la cabeza de la mujer que se atrevió a esconder a los enemigos de su país. Ella lo apostó alegremente todo a la verdad de Dios y corrió todos los riesgos para salvar a los siervos del Señor. En esto era muy superior a quienes no arriesgan su empleo, su situación, su

buen nombre o incluso el amor de un solo pariente por la causa de Jesucristo.

Rahab era poseedora de una fe activa y podemos decir, tal como lo afirma Santiago: “Asimismo también Rahab la ramera, ¿no fue justificada por obras, cuando recibió a los mensajeros y los envió por otro camino?” ¿No acompañaron sus obras a la fe? ¿No fue la fe que la justificó una fe que produjo obras? ¿No fue la obra del Espíritu Santo en ella una manifiesta actividad que justificó su fe demostrando que era real, y la justificó mostrando que era sincera?

III. LA FE DE RAHAB SE VIO EMPAÑADA POR UNA GRAVE DEBILIDAD. Ella les mintió a los hombres que llegaron a la puerta a prender a los espías. Rahab les comentó que dos forasteros se habían acercado a ella pero que no sabía de dónde provenían, lo cual era una mentira; y les dijo que no sabía a dónde se habían ido, que se habían marchado hacía algún tiempo y que mejor los persiguieran; eso era otra falsedad y es completamente inexcusable. Pero al mismo tiempo recuerden, por favor, que ella no sabía que era malo mentir. Sin duda había en su conciencia vagos destellos de la idea de que mentir era algo malo, pero, sin embargo, sus circunstancias impedían que lo supiera claramente como lo sabemos ahora. Hasta este preciso día, entre muchos orientales, es mucho más usual mentir que decir la verdad; de hecho, un aborigen oriental de pura sangre nunca dice la verdad a menos que sea por error, y lo lamentaría mucho si se enterara de que lo había hecho aun por accidente. No se puede creer fácilmente en los juramentos que hacen los hombres hindúes en las cortes de justicia. Nosotros despreciamos a un gran mentiroso, pero los orientales lo consideran un genio. Es triste, pero siempre ha sido así, y esto explica ampliamente que descubramos que varones como Abraham e Isaac decían, bajo ciertas circunstancias agobiantes, las cosas que no eran. Han de juzgar a los individuos desde su propia perspectiva y han de considerar sus circunstancias, o podrían ser injustos con ellos. Yo no voy a excusar la mentira de Rahab. Una mentira de Rahab o de Abraham es tan mala como la de cualquier otra persona; pero en este caso se debe decir que a Rahab no se le había enseñado, como hemos aprendido la mayoría de nosotros, que una mentira es un pecado degradante. Nadie le había dicho jamás: “Engañar es contrario a la ley de Dios, pues Su Espíritu nos enseña a no mentirnos los

unos a los otros, habiéndonos despojado del viejo hombre con sus hechos”. Hay algo más que decir. A menudo yo he tratado de ponerme en el lugar de Rahab, y he dicho: “Supongamos que yo hubiera escondido a dos siervos de Dios durante los antiguos días de los dragones de Claverhouse; por ejemplo, si yo escondiera en el cuarto trasero a Alexander Peden y a Cameron, y dos dragones cabalgaran hasta mi puerta y me preguntaran: ‘¿están aquí los ministros?’ he tratado de imaginar lo que yo les diría, y no he sido capaz de decidir qué haría. Yo supongo que tengo más luz que Rahab, y ciertamente he tenido más tiempo disponible para considerar el caso, y con todo, no veo cuál sería el camino a seguir. No me extraña, por tanto, que ella cometiera un error. Y no estoy muy sorprendido de que dijera lo que dijo pues se le vendría fácilmente a su mente ignorante y ansiosa. He considerado muchas opciones de lo que yo habría dicho, pero no veo cómo hubiera podido decir: “Sí, están ahí adentro”. Eso sería traicionar a los siervos de Dios, y yo no haría eso. He fraguado una gran cantidad de planes que se ven muy bien, pero confieso que, al examinarlos, parecieran estar más o menos teñidos con el engaño que procura justificar o esconder el engaño, y por tanto, he tenido que abandonarlos por no ser mejores que la falsedad y tal vez ni siquiera tan buenos. Yo no sé si la mentira de Rahab no fuera más honesta y directa que muchas evasiones que se les han ocurrido a personas muy inteligentes; de hecho, como regla, las cosas que no son obvias y que necesitan que la inteligencia las sugiera, son más bien sospechosas. En el interior de un ruso encontrarían a un tártaro, y si dismantelaran esos planes inteligentes dejarían ver las falsedades después de todo. Lejos estoy de pretender decir una palabra de apología para la falsedad. Es algo malo, malo, malo, malo, malo, completamente malo; pero a pesar de todo eso, antes de que condenen a Rahab, estén seguros de no condenarse a ustedes mismos, y pregúntense primero lo que ustedes habrían dicho, o lo que ustedes habrían hecho bajo las mismas circunstancias. Decir la verdad es siempre lo correcto. No han de tomarse tanto en cuenta las consecuencias, como las exigencias del Dios de la verdad. La verdad llana ha tenido algunas veces un maravilloso efecto, y, sin duda, en cada caso, sería la mejor política.

Supé de un varón que había sido llevado ante el juez Jeffreys, para ser juzgado por rebelión contra el rey Jacobo II, y la esperanza de que alguien escapara una vez que fuera presentado ante ese monstruo era casi nula. De

alguna manera Story había ganado una gran reputación de ser honesto, y el juez Jeffreys lo llevó ante el rey para que se defendiera. Según recuerdo la historia, iba más o menos en este sentido: ‘el rey le dijo: “Bien, señor Story, usted estaba en el ejército de Monmouth, ¿no es cierto?” “Sí, su majestad”. “Y usted era un comisario allí, ¿no es cierto?” “Sí, su majestad”. “¿No arengó y pronunció discursos a la multitud?” “Sí, su majestad”. “Le ruego”—dijo el rey— “que nos dé una muestra de su florida arenga, si es que todavía no ha olvidado lo que decía; comparta con nosotros algunas de las flores de su retórica, y unos cuantos de los principales puntos en los que insistía”. “Les decía, su majestad, que fue usted quien le prendió fuego a la ciudad de Londres”. “Es usted un raro pillo, le doy mi palabra” —dijo el rey— “y diga, ¿qué más le dijo?” “Dije que usted envenenó a su hermano, y que usted estaba resuelto a convertirnos a todos nosotros en papistas y esclavos”. Para entonces el rey ya había oído lo suficiente, y le preguntó qué diría si, después de todo eso, le concediera su vida y un perdón gratuito. El señor Story declaró que, en ese improbable caso, se convertiría en un súbdito muy leal, a raíz de lo cual recibió un perdón gratuito por ser un hombre honesto aunque equivocado’.

En su caso, hablar con claridad hizo lo que la falsedad no hubiera podido hacer, y aunque no en todos los casos resultara siempre así, con todo, nuestro deber es claro, y, por tanto, tenemos que estar preparados para cumplirlo y asumir las consecuencias. Yo supongo que si Rahab hubiera poseído una gran fe, habría dicho: “Es mi deber servir a Dios, pero no quebrantar las leyes de Dios, y como mentir sería quebrantar las leyes de Dios, no lo haré. Voy a cuidar a Sus siervos hasta donde me sea posible, pero después de todo, le corresponde a Él cuidar de ellos, y no puedo hacer un mal para alcanzar un bien”. Aunque esa hubiese sido la mejor opción, Rahab no había recibido hasta ese momento la suficiente instrucción como para haber pensado así, y me temo que muchas personas aquí presentes no habrían pensado así tampoco. La falta de ella no era de ninguna manera una falta a la que podamos atrevernos a arrojarle piedras; evitémosla cuidadosamente, pero no la censuremos con autocomplacencia.

IV. La fe de Rahab era UNA FE QUE NO PRESCINDÍA DEL USO DE SEÑALES Y SELLOS EXTERNOS. Por favor noten esto. Hay personas en el mundo que desprecian por completo las ordenanzas externas. Pudieran

ser buenas personas, pero no son sabias. Antes que nada, Rahab les exigió a aquellos espías el juramento de que la preservarían, y luego ellos le dieron una señal, un cordón de grana que debía ser atado a su ventana. Esa era la bandera rojo sangre de Israel. ¿Acaso no fue izada en la noche de la Pascua, de manera que el ángel pudiera pasarlos por alto y liberar al pueblo? Ella sintió un gran consuelo cuando hubo colocado la señal en su ventana. Rahab no era supersticiosa. No creía que hubiera algo místico en el cordón de grana, pero lo puso allí porque se le había dicho que lo hiciera. Ahora bien, la más excelsa fe en Cristo es perfectamente consistente con el obediente uso de las ordenanzas cristianas. Nosotros confiamos en la sangre preciosa de Cristo, no en los sacramentos. Dios no quiera que edifiquemos jamás nuestra fe sobre el bautismo o sobre la Cena del Señor. ¿Qué son esas cosas, en sí mismas, sino pura vanidad si ponemos alguna confianza en ellas? Al mismo tiempo el Señor nos ha dado el bautismo como emblema de Su muerte, de Su sepultura y de Su resurrección, y si creemos que hemos sido sepultados con Él y que hemos sido resucitados con Él, atemos este cordón de grana a nuestra ventana. Él nos ha dado la ordenanza de la Cena del Señor como emblema de Su muerte; comamos el pan y bebamos el vino en memoria de Él. Nosotros no confiamos en los emblemas en lo más mínimo. Aborrecemos la idea. Atamos el cordón de grana a nuestra ventana y así hacemos saber a todos los hombres que nosotros creemos en Jesús. No nos avergüenza mostrar Su muerte hasta que Él venga. Sí, y entramos en la casa, esto es, en la iglesia, y nos deleita morar allí, y ser contados con el pueblo de Dios. No nos avergüenza ser conocidos como miembros de la hermandad del Señor Jesucristo. No busquen obtener una fe que abjure de las ayudas que Dios el Espíritu Santo les señala. Hagan a un lado todo lo que sea producto de la invención humana, pero lo que es ordenado por Dios es para su beneficio, y están obligados a aferrarse a ello aun cuando sea tan pequeño como el cordón de grana a la ventana.

V. SU FE ERA UNA FE SALVADORA. Les he mostrado cómo estaba deplorablemente empañada, pero, a pesar de ello, fue eficaz. Rahab fue salvada cuando todos los muros se desplomaron. Su casa estaba sobre el muro, pero allí permaneció. ¿No debía parecer extraño? Los muros comenzaron a mecerse y a temblar, y luego se desplomaron con un sonido estrepitoso y densas nubes de polvo volaron a lo alto; pero a pesar de todo eso, permaneció un pedazo de muro sobre el que estaba la casa de Rahab,

como una isla en medio de un mar tempestuoso. Los israelitas se lanzaron sobre las ruinas del muro y persiguieron con furia a los hombres condenados y los mataron, pues Dios les había ordenado que fueran sus verdugos. Ni uno solo escapó; pero ni una sola espada se acercó al pecho de Rahab, y la muerte no le arrebató a ninguno de sus parientes. Rahab fue salvada. Fue sacada de su casa con sus amigos, y fue puesta fuera del campamento de los israelitas y posteriormente fue recibida en él. Fue desposada con Salmón, un príncipe de Judá, y después tuvo la gran dignidad de ser contada entre los ancestros de nuestro Señor. Entonces, amados hermanos, la verdadera fe en Cristo, aunque sea débil, nos salvará, nos separará del mundo, nos unirá al Israel de Dios, nos desposará con el verdadero Príncipe de Judá y nos emparentará con el Señor Jesucristo, ¿y qué mayor dignidad es posible recibir?

VI. Voy a concluir una vez que haya mencionado el último punto, y es que SU FE FUE ACEPTABLE PARA DIOS, DE TAL MANERA QUE ELLA FUE EL INSTRUMENTO DE SALVACIÓN DE OTROS. Oh, esto me gusta de Rahab: que no negoció únicamente su propia seguridad. Su pecado no había endurecido su corazón como lo hace el pecado en muchos casos. Ella pensó en su padre y en su madre y en sus hermanos y en sus hermanas. Ahora bien, en dondequiera que haya un verdadero hijo de Dios, habrá ansiedad por su familia. Si tú no quieres que tus hijos sean salvos, entonces tú mismo no eres salvo. Yo he visto profesantes que pensaban que bastaba con que fueran solos al cielo. Conocí a un varón que estaba dispuesto a caminar veinte millas los domingos para oír “la verdad” —que sólo se predicaba en un lugar— pero cuando se le preguntó adónde asistía su familia, respondió que eso no era asunto suyo puesto que Dios salvaría a Sus propios elegidos. Tales personas no son hijas de Dios, porque los hijos de Dios no son peores que los paganos o los publicanos, pues ellos se preocupan por sus propias familias. Rahab era una buena hija; a pesar de todas sus fallas, ella amaba a su padre y a su madre. Era una buena hermana, y deseaba que sus hermanos y sus hermanas fueran salvados.

Oh, ustedes, miembros del pueblo cristiano, procuren ser buenos en sus relaciones hogareñas. Yo no daría ni un centavo por ustedes si no fueran un buen esposo o una buena esposa. ¡Fuera con su cristianismo si los hace ser malos hijos! Un padre dominante y hosco, un hijo rebelde, una esposa

chismosa, una sirvienta desaliñada y ociosa, un amo tirano, todos ellos pueden pertenecer a Satanás, pero Dios no los reconocerá. Rahab, a pesar de todas sus fallas, sentía un intenso amor por su parentela.

Pero noten que, amándolos como lo hacía, no podía salvarlos a menos que los pusiera bajo la bandera roja. Si cualquiera de ellos se hubiera detenido en las calles cuando los israelitas estaban matando al pueblo, habrían podido decir: “yo pertenezco a Rahab”, pero la respuesta habría sido: “No podemos hacer nada, el juramento que hicimos fue perdonar a todos los de la casa donde el cordón de grana estuviera atado a la ventana, y si tú no estás allí no puedes ser perdonado”. No servirá de nada decir cuando mueras: “Perdóname, oh ángel vengador, mi madre oró por mí, mi hermana agonizó por mi conversión”. No, tú has de entrar en Cristo personalmente, y has de tener una fe real en Él, o ninguna oración de otros puede servirte de algo. Pero la misericordia fue que de alguna manera Rahab fue ayudada por Dios para meter en la casa a toda la familia. Su padre no dijo: “No, hija mía, yo no creo eso”. Algunos de ustedes tienen padres que dicen efectivamente eso. Oren mucho por ellos. Y la madre no dijo: “hija mía, estás loca. Siempre pensé que estabas un poco afectada en tu cerebro. No vengas a enseñarle a tu madre”. No, sino que la madre estaba allí también. Cuando los israelitas marcharon en torno a la ciudad los seis días, y el pueblo de Jericó se reía y decía: “qué insensatos son al pensar que van a lograr que los muros se desplomen si caminan alrededor de ellos”, Rahab seguía confiando en Dios; pero me atrevo a decir que tuvo alguna dificultad al tratar de persuadir a sus vivaces hermanas y a sus argumentativos hermanos para que creyeran también. Le dirían: “Rahab, ¿estás convencida de esto? ¿Acaso no es una pura farsa todo esto?” De alguna manera, tal fue la influencia que Dios le dio, tal fue el poder de su fe, que todos ellos permanecieron en la casa y fueron salvados con sus familias. La casa, me atrevo a decir, estaba llena a reventar, y a Rahab le alegraba ver eso. Que Dios me conceda que toda mi familia sea preservada así. Yo estoy seguro de que cada hijo de Dios está musitando aquí la misma oración: “Dios de Rahab, dame a mi padre y a mi madre, y a mis hermanos, y a mis hermanas, y a toda mi parentela”. Que el Señor oiga sus oraciones, y los bendiga por Jesucristo nuestro Señor. Amén.



(1) Porción de la Escritura leída antes del sermón: Josué 2; 6: 22-25 [copiado más abajo]. [\[volver\]](#)

Josué 2

Josué envía espías a Jericó

1 Josué hijo de Nun envió desde Sitim dos espías secretamente, diciéndoles: Andad, reconoced la tierra, y a Jericó. Y ellos fueron, y entraron en casa de una ramera que se llamaba Rahab, y posaron allí.

2 Y fue dado aviso al rey de Jericó, diciendo: He aquí que hombres de los hijos de Israel han venido aquí esta noche para espiar la tierra.

3 Entonces el rey de Jericó envió a decir a Rahab: Saca a los hombres que han venido a ti, y han entrado a tu casa; porque han venido para espiar toda la tierra.

4 Pero la mujer había tomado a los dos hombres y los había escondido; y dijo: Es verdad que unos hombres vinieron a mí, pero no supe de dónde eran.

5 Y cuando se iba a cerrar la puerta, siendo ya oscuro, esos hombres se salieron, y no sé a dónde han ido; seguidlos aprisa, y los alcanzaréis.

6 Mas ella los había hecho subir al terrado, y los había escondido entre los manojos de lino que tenía puestos en el terrado.

7 Y los hombres fueron tras ellos por el camino del Jordán, hasta los vados; y la puerta fue cerrada después que salieron los perseguidores.

8 Antes que ellos se durmiesen, ella subió al terrado, y les dijo:

9 Sé que Jehová os ha dado esta tierra; porque el temor de vosotros ha caído sobre nosotros, y todos los moradores del

país ya han desmayado por causa de vosotros.

10 Porque hemos oído que Jehová hizo secar las aguas del Mar Rojo delante de vosotros cuando salisteis de Egipto, y lo que habéis hecho a los dos reyes de los amorreos que estaban al otro lado del Jordán, a Sehón y a Og, a los cuales habéis destruido.

11 Oyendo esto, ha desmayado nuestro corazón; ni ha quedado más aliento en hombre alguno por causa de vosotros, porque Jehová vuestro Dios es Dios arriba en los cielos y abajo en la tierra.

12 Os ruego pues, ahora, que me juréis por Jehová, que como he hecho misericordia con vosotros, así la haréis vosotros con la casa de mi padre, de lo cual me daréis una señal segura;

13 y que salvaréis la vida a mi padre y a mi madre, a mis hermanos y hermanas, y a todo lo que es suyo; y que libraréis nuestras vidas de la muerte.

14 Ellos le respondieron: Nuestra vida responderá por la vuestra, si no denunciareis este asunto nuestro; y cuando Jehová nos haya dado la tierra, nosotros haremos contigo misericordia y verdad.

15 Entonces ella los hizo descender con una cuerda por la ventana; porque su casa estaba en el muro de la ciudad, y ella vivía en el muro.

16 Y les dijo: Marchaos al monte, para que los que fueron tras vosotros no os encuentren; y estad escondidos allí tres días, hasta que los que os siguen hayan vuelto; y después os iréis por vuestro camino.

17 Y ellos le dijeron: Nosotros quedaremos libres de este juramento con que nos has juramentado.

18 He aquí, cuando nosotros entremos en la tierra, tú atarás este cordón de grana a la ventana por la cual nos descolgaste; y reunirás en tu casa a tu padre y a tu madre, a tus hermanos y a toda la familia de tu padre.

19 Cualquiera que saliere fuera de las puertas de tu casa, su sangre será sobre su cabeza, y nosotros sin culpa. Mas cualquiera que se estuviere en casa contigo, su sangre será

sobre nuestra cabeza, si mano le tocare.

20 Y si tú denunciases este nuestro asunto, nosotros quedaremos libres de este tu juramento con que nos has juramentado.

21 Ella respondió: Sea así como habéis dicho. Luego los despidió, y se fueron; y ella ató el cordón de grana a la ventana.

22 Y caminando ellos, llegaron al monte y estuvieron allí tres días, hasta que volvieron los que los perseguían; y los que los persiguieron buscaron por todo el camino, pero no los hallaron.

23 Entonces volvieron los dos hombres; descendieron del monte, y pasaron, y vinieron a Josué hijo de Nun, y le contaron todas las cosas que les habían acontecido.

24 Y dijeron a Josué: Jehová ha entregado toda la tierra en nuestras manos; y también todos los moradores del país desmayan delante de nosotros.

Josué 6:22-25

22 Mas Josué dijo a los dos hombres que habían reconocido la tierra: Entrad en casa de la mujer ramera, y haced salir de allí a la mujer y a todo lo que fuere suyo, como lo jurasteis.

23 Y los espías entraron y sacaron a Rahab, a su padre, a su madre, a sus hermanos y todo lo que era suyo; y también sacaron a toda su parentela, y los pusieron fuera del campamento de Israel.

24 Y consumieron con fuego la ciudad, y todo lo que en ella había; solamente pusieron en el tesoro de la casa de Jehová la plata y el oro, y los utensilios de bronce y de hierro.

25 Mas Josué salvó la vida a Rahab la ramera, y a la casa de su padre, y a todo lo que ella tenía; y habitó ella entre los israelitas hasta hoy, por cuanto escondió a los mensajeros que Josué había enviado a reconocer a Jericó.

Reina-Valera 1960

